

Fortificada desde dentro: los muros y puertas del Viejo Jerusalén

25/02/2010

Micaela O'Herron

La Ciudad Vieja de Jerusalén ocupa un espacio de menos de un kilómetro cuadrado en el que viven 35.000 personas de todo el mundo que pertenecen principalmente a las “Tres Grandes” religiones monoteístas: el Islam, el Judaísmo y el Cristianismo. La ciudad ha sido lugar de peregrinaje y refugio desde tiempos inmemoriales hasta la llegada de los armenios en 1.918, la de los judíos europeos en la década de los años 30 o la de los judíos etíopes en 1.991. Hasta el siglo XIX, Jerusalén sólo estaba formada por la Ciudad Vieja, de un único kilómetro cuadrado. Y como muchas ciudades antiguas, estaba constantemente rodeada por un muro. Sin embargo, al profundizar en las historias tras la muralla de la ciudad, surge un patrón que muestra que estos muros no se construyeron para alejar a los enemigos, sino más bien para proteger y unir a las personas y a los lugares dentro de ellos.

David construyó la Ciudad Antigua original para iluminar el Arca de la Alianza y, al hacerlo, reunir a las doce tribus de Israel, porque todas ellas creían en el mismo Pacto. Como las tres grandes religiones monoteístas se han construido una sobre otra y tienen cosas en común, han terminado por venerar los mismos lugares. Así pues, como las doce tribus de los antiguos israelitas, los cristianos, judíos y musulmanes hoy, aunque sean rivales por cuestiones de ideología y tradiciones, también se han aunado físicamente por lo sagrado de la Ciudad Vieja. Los tres grupos no pueden evitar encontrarse codo con codo en este minúsculo espacio.

Los muros.

Aunque la historia de Jerusalén se remonte a hace más de 5.000 años, las fronteras de la ciudad no han sido siempre las mismas. Se centralizó primero gracias al rey David, israelí, alrededor del 1000 AC, para reunir a las doce tribus israelíes del norte y del sur mediante la construcción de una capital en el centro y mediante el Arca de la Alianza, que veneraban las doce tribus.

Durante el milenio siguiente se sucedieron los monarcas; primero los israelíes, que competían entre sí, seguidos por los conquistadores asirios de la actual Siria, babilonios y persas de los actuales Irak e Irán, Alejandro Magno de Grecia y finalmente los romanos.

Tras la destrucción del Primer Templo en el 70 AC, los romanos expulsaron a los judíos de la ciudad, y esta pasó a un segundo plano en el Imperio Romano. Cuando Constantino se convirtió al cristianismo en el año 313, hizo al Imperio Bizantino cristiano

también, y Jerusalén surgió de nuevo como un lugar sagrado de peregrinaje, esta vez para los cristianos. Poco después se levantó un muro alrededor de Jerusalén con nuevas fronteras; cerca del 440 AC, la emperatriz bizantina Eudoxia construyó un muro que incluía el Monte Sión, así como su colina norte, y la actual Ciudad Vieja que comprende los lugares sagrados conectados con Cristo así como las ruinas de la muralla del Templo. Eudoxia permitió a los judíos peregrinar a la ciudad otra vez.

Así pues, parece que Eudoxia no habría levantado los muros de la ciudad para evitar que se entrara en ella, ya que era emperatriz de un imperio poderoso, sin amenazas cerca de Jerusalén. En cualquier caso, esta ciudad era políticamente poco importante para el Imperio Bizantino; sus murallas se construyeron más bien para adorar y proteger los lugares dentro de la ciudad.

Sin embargo, pasaría otro milenio antes de que la Ciudad Vieja asumiera su tamaño actual. Desde el siglo V hasta el siglo XV, Jerusalén pasó por las manos de muchos gobernantes, esta vez con nuevo credo, el Islam.

El primero de estos gobernantes musulmanes fue el califa árabe Omar, ante quien el Jerusalén bizantino se rindió pacíficamente en el 637. Se dice que esta pacífica rendición tuvo lugar porque existía una profecía entre la comunidad cristiana de la ciudad que decía que un hombre poderoso pero pobre la conquistaría. El califa Omar encajaba en la descripción; documentos del siglo V demuestran que el Patriarca del Jerusalén de aquella época, Sofronio, hizo un pacto con Omar para garantizar protección a los no musulmanes de la ciudad. El califa extendió dicha protección también a los judíos. Así pues, docenas de familias judías se mudaron a Jerusalén. Omar también protegió los lugares cristianos sagrados; se le invitó a rezar en la Iglesia Cristiana del Santo Sepulcro y la visitó, pero oró fuera, ya que temía que sus seguidores convirtieran la iglesia en una mezquita. En la actualidad existe una mezquita que lleva el nombre de Omar en el lugar en el que rezó, justo al lado de la Iglesia del Santo Sepulcro.

Tras el califa Omar, la ciudad fue gobernada por las dinastías Umayyad, Abbasid y Fatamid, y los Seljuks de Turquía; brevemente por los cruzados de Europa y los mamelucos, de Egipto. Finalmente, Jerusalén disfrutó de un periodo estable bajo el mando otomano de Turquía, que tomó la ciudad en 1517 y la dirigió durante cerca de 400 años.

Fue el primer sultán otomano, Suleimán, el que levantó los muros actuales de la Ciudad Vieja de Jerusalén, de 1517 hasta 1541. Parece ser que hubo un retraso en la construcción del muro sur por un debate sobre si incluir o no el Monte Sión, y en particular, el Cenáculo, o el lugar tradicional de la Última Cena de Jesucristo. Los arquitectos elegidos por Suleimán se dieron cuenta de que no disponían de suficiente dinero para extender un muro alrededor de Cenáculo; pidieron a los franciscanos católicos apoyo, pero como no tenían fondos, la muralla se completó sin incluir el Monte Sión. Cuando Suleimán supo que Cenáculo no se encontraba dentro de las fronteras, cuenta la leyenda que se enfureció tanto que ejecutó a los arquitectos.

En cualquier caso, Suleimán quería claramente incluir todos los lugares sagrados en su ciudad protegida, a pesar de que era musulmán y el lugar se encontraba en terreno

cristiano. Así pues, desde el rey David, judío, hasta la emperatriz cristiana Eudoxia, pasando por el sultán musulmán Suleimán, los constructores de la Ciudad Vieja siempre quisieron proteger los lugares sagrados y atraer a creyentes de muchas religiones a Jerusalén.

Existen más pruebas de que las murallas de Jerusalén no se construyeron como fortalezas militares, y dichas pruebas se encuentran en las dimensiones de las mismas murallas. Aunque los muros de la ciudad se levantaron sobre todo por protección, si Suleimán hubiera querido que sirvieran a propósitos militares, habría tenido cuidado de hacerlas impenetrables. Como los turistas pueden ver hoy en día si caminan por la muralla, se darán cuenta de que tiene unos tres metros de grosor, y los ejércitos invasores podrían haberla atacado fácilmente. Los arqueólogos y arquitectos señalan además que existen pocas defensas a lo largo de las murallas, y que no se construyeron en lo alto de una montaña o alrededor de una fosa para dificultar el acceso, como se hacía con las fortalezas. Por último, el Imperio Otomano, como el Bizantino, era demasiado grande y estaba demasiado lejos como para hacer de Jerusalén su prioridad; incluso en el siglo XVIII, sólo había 120 soldados otomanos destinados en el país.

Las Puertas.

Como las murallas de la Ciudad Vieja de Jerusalén, sus Puertas, sus historias e incluso sus nombres, también guardan historias compartidas por judíos, musulmanes y cristianos. La prueba visual más antigua en las Puertas actuales se encuentra en un mosaico del siglo VI que se descubrió en Madaba. El mosaico, bajo una iglesia, mostraba imágenes de cuatro de las cuatro Puertas situadas hoy en los mismos lugares.

Quizás la Puerta más concurrida de la Ciudad Vieja sea la única orientada al oeste, la Puerta de Yafo. Su nombre en español es Jafa o Yafo, ya que está situada en el comienzo de la carretera que lleva a la ciudad de Yafo en el Mediterráneo. En árabe, sin embargo, la Puerta se conoce como Bab al-Khalil, o Puerta del Amigo, por una carretera que comienza en la Puerta pero lleva al sur, a Hebron, o al-Khalil. Los árabes lo llaman Hebron Khalil, que deriva del hebreo Hebron, de Abraham, o el Amigo de Dios.

Se decía que los conquistadores entrarían en Jerusalén por la Puerta de Yafo. Quizás por este motivo, cuando el káiser alemán Wilhem II visitó la ciudad, insistió en pasar por la Puerta. Como el káiser quería entrar a la última moda, o sea, en automóvil, el otomano Abdul Hamid II tuvo que construir una entrada nueva y más grande en la Ciudad Vieja justo al lado de la Puerta de Yafo. Así pues, el káiser nunca entró por la Puerta de los conquistadores y, supuestamente, nunca conquistó Jerusalén.

Al norte de la Ciudad Vieja está la Puerta de Damasco, una puerta grande e impresionante de piedra construida en el estilo típico otomano. En español, la puerta se conoce como Puerta de Damasco por su orientación hacia esta ciudad. La carretera hacia Damasco también pasaba por la ciudad en el norte de Palestina Nablus, la palabra hebrea para puerta, Shaar Shechem, o la Puerta Nablus. En árabe, sin embargo, la puerta se conoce como Bab al-Amud, o Puerta de la Columna. Existe una columna en el mosaico en Madaba,

y se cree que dicha columna data del dominio romano en tiempos de Herodes el Grande. Esta teoría se ha visto reforzada por recientes excavaciones bajo la Puerta de Damasco, que descubrieron una antigua puerta de la era romana. Después, durante el Imperio Bizantino, también hubo una puerta en este mismo lugar; los bizantinos creían que San Esteban había sido martirizado allí, y le pusieron a la puerta su nombre.

Hoy, la Puerta de Damasco es el centro del bullicioso mercado árabe y la principal entrada al barrio musulmán. Incluso en el corazón del barrio existen fuertes reminiscencias del cristianismo y del judaísmo; en la torre que se encuentra sobre la Puerta de Damasco queda una capilla de la era de las Cruzadas, la Capilla de San Abraham. Mientras tanto, esta entrada también la usan los judíos ortodoxos que viven en el norte de la Puerta como ruta hacia el Muro de las Lamentaciones, lo único que resta del Monte del Templo.

También al norte de la muralla de la Ciudad Vieja se encuentra otra pequeña puerta, la Puerta de Herodes. Construida para facilitar el tránsito de personas y bienes a través de la concurrida Puerta de Damasco, la Puerta de Herodes recibe su nombre español de la creencia de que cerca de aquí Jesucristo fue enviado por el romano Poncio Pilatos a Herodes Antipas antes de ser sentenciado a muerte.

En árabe se le conoce como Bab il-Zahar, de la palabra, *zahar*, que significa “gente que se queda hasta tarde”; hasta el siglo XIX, las murallas de la ciudad se cerraban cuando caía el sol tras los rezos islámicos de la tarde. Solo quedaba abierta esta Puerta, y se llamó así por la gente que permanecía despierta hasta entrada la noche. La palabra *zahar*, sin embargo, se parece mucho al término árabe para flor, *zahre*. Por coincidencia, existe el grabado de una flor encima de la puerta, así que mucha gente la conoce como Puerta de la Flor, y en hebreo también la llaman Puerta de la Flor. También fue esta Puerta, quizá porque siempre permanecía abierta, la que los cruzados traspasaron cuando entraron en Jerusalén por vez primera el 15 de julio de 1099.

Este no es el único caso en el que los nombres de las Puertas se mezclan con idiomas o religiones. En la Puerta siguiente a la de Herodes, en el sentido de las agujas del reloj, una Puerta en la muralla del Este se encuentra de frente al Monte de los Olivos. Esta Puerta fue una de las originales Puertas de Suleimán, y en ella conmemoró su victoria sobre los anteriores gobernadores de Jerusalén, los mamelucos egipcios; sobre la Puerta gravó cuatro panteras, ya que las panteras eran el emblema de la realeza de los mamelucos. Las imágenes, en cambio, no estaban oficialmente permitidas en el Islam, así que se extendió una explicación más aceptable: se rumoreaba que el sultán otomano anterior a Suleimán, Selim I, soñó que dos leones lo devorarían si destruía Jerusalén. Las panteras fueron confundidas con leones, y en inglés y hebreo la puerta se conoció como la Puerta de los Leones. Resulta incluso más sorprendente que, por estas imágenes, hoy el león es el símbolo de la municipalidad de Jerusalén. Así que se podría decir que Israel basó su símbolo de Jerusalén por un rumor que resultó como consecuencia de la prohibición de imágenes.

Así que mientras los nombres cristianos y judíos para la Puerta se basan en esta leyenda malentendida, es el nombre árabe el que reconoce la importancia cristiana de este

lugar. Por ello este sitio marca el comienzo de la Vía Dolorosa, o el camino de Jesús con la Cruz, así como una posible entrada por donde Jesucristo pudo haber entrado en la ciudad el Día de Ramos según la tradición cristiana. Justo tras la Puerta también se encuentra la Iglesia de Santa Ana, donde se dice que nació la Virgen María; así que el nombre árabe de puerta es Bab al-Sittna Mariam, o la Puerta de Nuestra Señora María.

También en frente del Monte de los Olivos, en la muralla Este de la ciudad, se encuentra la Puerta Dorada, que es una de las originales Puertas de Suleimán, pero que actualmente se encuentra cerrada. La Puerta Dorada está rodeada de tradición popular, ya que es la que lleva al Monte del Templo. Un *Mishnah* judío, o texto que explica el Torah, dice que había una puerta en el lado Este del Templo que se usaba para sacrificios de animales. Hay pruebas que afirman la existencia de una puerta antigua en el mismo sitio en el que se encuentra la Puerta Dorada, ya que se han encontrado rastros de otra puerta debajo de la actual. Los judíos creen que a través de esta Puerta el Mesías entrará y hará su Juicio Final; así que los judíos rezaban cerca de la Puerta para obtener piedad en su Juicio Final, y que la Puerta se llama en hebreo “Puerta de la Piedad” o Shaar Harachamim.

Los historiadores creen que fue el califa Umayyad Abd al-Malik el que construyó la Puerta actual, antes de que se incluyera en los muros de Suleimán, como un intento por restaurar los restos del Segundo Templo. En los siglos siguientes, se prohibió a los no musulmanes la entrada al Monte del Templo, y puede que esta sea la razón por la que la Puerta fuera cerrada. En árabe, la Puerta se llama Bab al-Rahma, o Puerta Eterna.

Los cristianos, por otro lado, parecían haber puesto poco interés en el área que rodeaba al Monte del Templo. Irónicamente, mientras judíos y musulmanes veían el área del Templo como un hito, los primeros cristianos de Jerusalén, los bizantinos, lo consideraban un lugar en el que echar la basura. Construyeron carreteras a través de la zona y levantaron edificios, creyendo que el lugar estaba maldito. El nombre Puerta Dorada es, una vez más, un malentendido lingüístico; en antiguas referencias se conocía como la Puerta Hermosa, o en griego, “horaia”, lo que se confundía en latín con “aurea”, es decir, “oro”.

Probablemente como los cristianos bizantinos solían tirar la basura cerca del Templo, la puerta en el sur del muro cerca del Templo, se llamaba la Puerta de Dung, y su traducción en hebreo es Shaar Haashpot. Cerca de la Puerta de Dung y también al sur de la muralla de la Ciudad Vieja se encuentra la Puerta de Sión, también una de las Puertas originales de Suleimán. La Puerta se conoce como Puerta de Sión en español y en hebreo por su proximidad al Monte de Sión, al sur de la puerta. Inesperadamente, es el nombre árabe, no el hebreo ni el español, el que menciona la cercana tumba del rey David: los árabes conocen la puerta como Bab al-Nabi Daoud, o la Puerta del Profeta David.

Existe una expresión: “Ten a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca”. Desde luego, Jerusalén no fue el último fan de esta expresión; Luís XIV construyó Versalles para que todos los líderes locales de Francia vivieran con él. Pero en Jerusalén no es el poder político el que se halla en peligro, sino el entendimiento religioso. Mientras muchas partes de Israel y Palestina han sido destrozadas por las bombas y las



CEMOFPSC

Centro de Estudios de Oriente Medio
Fundación Promoción Social de la Cultura

guerras, la Ciudad Vieja está casi intacta; y no podría ser de otro modo, ya que sus tesoros son demasiado preciosos para que ningún grupo los arruine. Así pues, mientras el camino hacia la paz en Oriente Medio resulta largo y doloroso, Jerusalén es la única ciudad que obliga a todos los grupos a vivir juntos y a enfrentarse unos a otros como seres humanos para llegar a una solución y conseguir la paz.